

Bailá, bailá que de ahí salís

“¡Ese hijueputa nos miró sin saber qué más inventarse y se abrió para no volver nunca!”, le dije casi entrando en cólera. La expresión de desconcierto con la que me miró dejaba entrever cierto nerviosismo que quizá surgía de la imagen que esta rabia expresa le hacía formar de mí. Tal vez temía que, en un asalto de pasado, le hiciera algo, por puro resentimiento de quien la ha visto verde y madura. Pero no, yo ya había encontrado para ese momento un camino transversal al deseo de violencia, propio de quien se cría en la hostilidad de mi barrio.

“Mi familia es oriunda de un corregimiento aledaño a Toribío, Cauca.” Continué. “Una de las zonas rurales más afectadas por el conflicto armado. Como si fuera poco vivir en la pobreza del campo, los

paramilitares los tenían azotados y como habían previsto, no pasó mucho tiempo desde que aquellos llegaron hasta que los forzaron a salir corriendo, ¡como si ese pedazo de tierra fuera prestado! El caso es que mis papás terminaron en Sucre cuando mi mamá estaba preñada conmigo. No éramos los únicos que buscaban un lugar donde asentarse, al menos por la noche, por la semana y ojalá, con un poquito de suerte, por el resto de vida que nos faltaba gastar. El barrio era epicentro del vicio y de la rumba cuando ellos llegaron, pero también el albergue a cielo abierto de cuantos locos se pueda imaginar, o bueno, habitantes de calle, como los llaman hoy día, y al igual que mi familia, otras muchas familias de desplazados. Como a dos cuadras de “El Tornillo” (bailadero que según cuentan los viejos, esparcía

entre la gente la vida que nacía en cada encuentro brusco del zapato y la baldosa al ritmo de la música afrocubana que tanto se arraigó en el alma de Cali) y junto a una casa gris con blanco, alzaron mis padres una especie de choza que con el tiempo alcanzó a abarcar en totalidad el significado de *casa*".

Me excusé por alargar mi relato con detalles y lo justifiqué explicándolos como soporte a la emotividad que reinaba en mi discurso. Él permanecía inmóvil. "Entonces, nací. Y después de mí, como por falta de oficio, llegaron tres criaturas más dentro de las entrañas de mi madre en los próximos años. La cosa se complicó y nos las arreglamos durante un buen tiempo, sobreviviendo y haciendo honor al espíritu colombiano. Pero mi papá, que llevaba meses abandonado al trago, tomó la decisión que me jodió

la niñez. ¡Por eso tanta rabia! Porque a ese tipo no le importó que ya Dios se hubiera hecho el de la vista gorda con nosotros y como ya le había dicho, se largó. Aquí donde me ve, si no fuera porque bailar fue mi droga y mi fierro habría terminado como Don Gerardo o como el Chimoí. Yo me le volaba a mi mamá para irme a meter a esos antros donde veía bailar a los grandes de esa época. La densidad del aire ahí dentro era abrasadora. El olor a cigarrillo, a sudor y a encierro me embombaban la cabeza y yo me sentía otra persona. Bien o mal, era mejor que el desasosiego de cada jornada, imposible de erradicar. Llegaba a la casa y me pegaba a darle y darle toda la noche, no me acostaba hasta que no reprodujera con mis propios pies lo que había visto; incluso, me conseguí un espejo enmohecido y algo fragmentado

de la chatarrería que había dos calles más arriba, sobre la dieciocho, pero que me permitía inventar sobre él los trajes chispeantes con los que me soñaba bailando”.

Caí en cuenta de que la velocidad de mi relato había incrementado al hablar de mis primeros acercamientos al baile, y pensé que esa fuerza sobrecededora fue, precisamente, la que me hizo caminar en otra dirección.

“Cuando alcancé la adolescencia tardía, Sucre ya no era escenario de bailadores como Watusi o los Mellizos, que me crie viendo y escuchando. Los bailaderos y los prostíbulos migraron al barrio contiguo porque con el pasar de los años, el tráfico de drogas y el sangrerío que implicaba este oficio se tomaron el espacio, tal como bailarín el escenario. Por

ser menor de edad, no podía conseguir trabajo fácilmente, entonces me la pasaba haciendo lo que salía en el barrio: que si me iba a buscar cartón o plástico, vidrio o metal, que me lo compraban en las chatarrerías y casas de reciclaje abundantes en el sector, o que si vendía las papeletas de bazuco, que el Chimoí me decía que no pasaba nada trabajándole a esa gente, y yo me desvelaba pensando en qué puto mundo estaría el Chimoí, que pareciera desconocer la vez que pelaron al Zurdo por demorarse con la mercancía del patrón, o al Negro, que porque un día lo vieron hablando a quien confundieron con alguien del otro bando, por mencionar sólo esas dos. Pero, claro, qué le iba a pedir yo a un pobre güevón que se soplababa toda la plata que hacía y vivía de sobredosis en sobredosis".

Mi interlocutor se mostró turbado al oír esta última palabra. ‘*Sobredosis*’, me repetí mentalmente, y me dejé invadir por la tristeza y el rencor. “Don Gerardo mandaba la parada por esos tiempos. Su falta de gracia ante la providencia hizo que tuviera una vida tan berraca, que en un momento perdió toda sensibilidad. A él había que respetarlo, era el distribuidor de bazuco y pepas más poderoso, y el más siniestro. Con decirle que un día, cansado de echar a los indigentes que se escampaban de la lluvia junto a la fachada de su casa, con autorización comprada de la policía, cogió a uno de ellos por la fuerza y lo entró a su casa. Luego, colgó al finado del pie izquierdo en plena entrada. No volvieron. La misma ley de sangre se lo llevó a él años después”.

El sonido de la carne al tocar la parrilla ardiente, nos llevó a voltear la mirada hacia la entrada de la habitación, que se hallaba abierta, e inmediatamente, el olor a pulpa cociendo, nos resonó en el estómago y sonreímos con la frescura de quien despierta de una pesadilla, sano y salvo en su recinto.

“Con lo que me hacía en la calle, me alcanzaba para llevar a la casa al menos para la comida de siempre. El caldo de vísceras que mi mamá, de tanto prepararlo, tomaba sólo treinta minutos en tener listo. Era cuestión de poner el agua a hervir diez minutos, hacerles unos cuantos cortes más a las vísceras para que soltaran toda la sustancia, echar en el agua con un cubito de Knorr y sal. El arroz era lo que acompañaba todas nuestras comidas, pero particularmente esta, porque solíamos revolver el

caldo con el arroz, haciendo una especie de pasta viscosa que nos comíamos más por costumbre que por gusto. La aguapanela no faltaba, afortunadamente semejante manjar estaba al alcance de ganancias como las mías. El café, el pan y el huevo tampoco faltaron para las tardes de lluvia, de sol, de alboroto o tétrica quietud. (...) Caminar por el barrio era sentir el calor en los pies. Usted no sabía en qué momento se desataba el terror. Las casas, los garajes y viejas estructuras estaban organizadas en cuadrículas, siguiendo el orden de calles y carreras del resto de la ciudad, las carreteras parchadas con cráteres y habitada por entes demasiado intoxicados como para dar un paso, cuyos ojos eran un grito de dolor ahogado, oxidado y eterno. Los escritos en las paredes determinaban los límites invisibles para los

recién llegados. Barras bravas de equipos de fútbol, ‘F.R.V hasta la muerte’, ‘América: La banda del diablo’, nombres de los duros y de los no tanto, ‘Cenizo’ ‘Liebre’ ‘Tristán’, los que lucían el poder antes de Don Gerardo, con pintura desgastada que hacían las veces de orina para marcar el territorio y, en otros muros lo que se determinaba era la expresión de sentimientos que, fuera de las paredes, a nadie más le interesaba conocer, ‘Sos lo más lindo que tuvo mi vida entera, te amo mamá, siempre te amará María José”.

“Sucre ha sido feroz desde hace harto, pero ¿en esa época? Es difícil que se imagine las cosas que yo vi. Una vez, unos tipos acribillaron a un viejo al que le decíamos El Perro, en pleno medio día, en el andén donde tantos años había logrado llegar hasta el día

siguiente. Todos mirábamos, nos mirábamos y discutíamos sobre lo perra que era la vida mientras hacíamos conjeturas sobre su muerte. Ese pobre diablo no tenía familia, su casa era el barrio. ‘¿Y ahí quién responde?’ se preguntaban tanto los vecinos, como los entes que el impacto había sacado de su letargo. Nadie, nadie responde”.

Me miró reflexivo y continuó tomando sus notas.